

El misterio de la luna creciente

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Clue of the Rising Moon*
En cubierta: *Casa a orillas del lago Saranac, montañas Adirondack*,
de Robert D. Wilkie © Dominio Público/Rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-26-3

Depósito legal: M-6.787-2023

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Valentine Williams

EL MISTERIO
DE LA LUNA CRECIENTE

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Capítulo uno

Fue cosa de Victor de principio a fin, aunque no hace falta decir que él tuvo que echarle la culpa a su mujer. Habíamos salido a cabalgar por la tarde, solo nosotros cuatro —Graziella y Victor, Sara Carruthers y yo—, por una agradable y amplia pista hasta donde la carretera estatal traza una curva en torno a la propiedad de los Lumsden, a unos tres kilómetros del campamento. Llevábamos tiempo cabalgando, pero en lugar de poner de nuevo rumbo a casa por la ruta ecuestre que rodea el lago, Victor insistió en continuar. Estaba «gordo como un cerdo», protestó, y debía hacer ejercicio. Nada más atravesar el asfalto escogió al azar el primer sendero que vio y casi inmediatamente se puso al trote mientras nosotros tres le seguíamos al paso; Sara a lomos de Andy, yo con Jester y Graziella en Firefly, la hermosa yegua castaña de Charles Lumsden que no dejaba montar a nadie salvo a Graziella.

Black Prince, el caballo de Victor, pronto nos dejó atrás. De repente el animal se detuvo levantando violenta-

mente las patas delanteras. Entonces Andy se asustó y Sara voló sobre su cabeza. Aterrizó de rodillas, pero se levantó inmediatamente. Mi Jester se mantuvo tan firme como un caballo de la policía y yo cogí las riendas del otro. Por el rabillo del ojo vi que Black Prince se calmaba. Oí bufar a Firefly asustada detrás de mí y a Graziella que trataba de calmarla diciendo: «¡Ya está, cariño, ya está!».

Sara dijo que no estaba herida y me quitó las riendas de Andy. Entonces se oyó a Victor gritar furioso.

—¡Maldito loco, podría haberle matado! ¿Cómo diablos se le ocurre salir así de detrás de un arbusto?

Hice que Jester se detuviera. Había un hombre de aspecto rudo en mitad del sendero. De pelo enredado y rostro huesudo y tostado por el sol. Iba en camisa y pantalones y llevaba un caldero en la mano.

—¡Ah, tonterías! —respondió con un gruñido—. Tengo tanto derecho a estar aquí como usted.

Sin decir nada, Victor hizo que Black Prince diera media vuelta y vino hacia nosotros tan rápido que habría arrollado al tipo si no se hubiera apartado de un salto. El desconocido volvió a pisar el sendero con un aire tan amenazador que clavé las espuelas a Jester y me adelanté hasta ponerme a su altura.

—Cálmese, amigo —dije.

Él me miró con los ojos negros casi cerrados.

—¿Dónde se cree que está? —dijo entre dientes—. A mí nadie me atropella de ese modo.

—¡Olvídelo! —le advertí—. Solo estaba preocupado por la muchacha. Usted ha asustado a los caballos y ella cayó al suelo. ¡Venga, largo de aquí!

Él me miró fijamente y, cogiendo de nuevo el cubo que había soltado, cruzó el sendero y desapareció entre los árboles sin decir palabra.

Haversley había desmontado y, rodeando con el brazo a Sara, le estaba preguntando si estaba segura de que se encontraba bien. Yo miré a Graziella, pero ella estaba haciendo algo con uno de sus estribos y fingió no darse cuenta.

—¡Deberías tener más cuidado a la hora de tratar con desconocidos, Victor! —le dije con brusquedad—. Ese tenía mala pinta.

Él se echó a reír con esa arrogancia suya que siempre me sacaba de quicio.

—¿A qué te refieres con «mala pinta»?

—¡Ese tipo era un matón!

Apartó el brazo de los hombros de Sara y se volvió hacia mí como si le hubieran disparado.

—¿Un matón? —repitió, frunciendo el ceño—. ¡Venga, Pete! ¿Estás de broma?

—Y un cuerno estoy de broma. Quizá no te fijaste en cómo se llevaba la mano al costado izquierdo cuando fuiste hacia él. Ahí es donde suele llevar la pipa esa clase de gente. ¡Incluso olvidó que no llevaba chaqueta!

Haversley ya no prestaba atención a Sara. Estaba mirando inexpresivamente a su mujer.

—¡No exageres, Pete! —dijo Graziella—. ¿Qué iba a hacer un hombre así en las Adirondacks, en mitad de la nada?

Yo me encogí de hombros.

—Probablemente es uno de los huéspedes veraniegos de Jake Harper...

Victor no dijo nada y fue su mujer quien me preguntó:

—¿Y quién es Jack Harper?

Hank Wells, el *sheriff* del pueblo, me había hablado del tal Jake. Era uno de esos granjeros paletos venidos a menos..., una manzana podrida, se mire por donde se mire, al que durante la prohibición habían relacionado con el contrabando de alcohol desde la frontera canadiense. Según Hank, la cabaña que Jack tenía en los bosques, de donde veníamos, se había convertido en refugio para toda clase de misteriosos visitantes. Expliqué todo esto y Haversley, que se había puesto muy rojo, se volvió hacia su mujer.

—¿Por qué nadie me lo había contado? —preguntó enfadado—. ¿Por qué no me lo advirtió Charles Lumsden?

Graziella se encogió de hombros.

—No creo que se le ocurriera. De hecho, ni siquiera me di cuenta de que nos habíamos alejado tanto. Después de todo, hay terreno de sobra para cabalgar en Wolf Lake sin tener que salir de la propiedad...

Sin ayudar a Sara a subir a su caballo, Haversley volvió a montar apresuradamente.

—Si te preocuparas más por mí y por mis intereses lo habrías sabido —replicó con acritud—. Siempre estás insistiendo en que debo hacer más ejercicio, y cuando lo hago... —Él mismo se interrumpió—. ¿Cómo vamos a saber qué estaba haciendo aquí? Es un pistolero, ¿verdad? Un asesino contratado...

Ella puso su mano enguantada en el brazo de Victor, tratando de apaciguarlo.

—Pero, Victor —dijo—, no te lo estarás tomando en serio. Probablemente ese hombre no era más que un va-

gabundo. A Pete le encanta dramatizarlo todo. Por eso es escritor, ¿verdad, Pete?

Mientras hablaba me miró por encima del hombro de su marido, con una expresión tan desvalida que no tuve más remedio que acudir en su ayuda.

—Bueno, quizá me dejara llevar un poco por la imaginación —dije, riendo—. Es lo que tiene estar escribiendo una obra de teatro..., uno tiende a dramatizarlo todo. Y tampoco hay que creer todo lo que dice Hank como si fuera la Biblia. ¡Mira a todos los forasteros como si tuvieran intención de pervertir a sus conciudadanos!

Pero Haversley se negaba a dejarlo correr.

—Está muy bien decirlo ahora —replicó furioso—. Haya exagerado o no, en ningún momento se te ocurrió pensar que podía estar en peligro. Te has pasado todo el día como si estuvieras en trance, ¡y sé muy bien por qué!

Las bronceadas mejillas de Graziella se sonrojaron ligeramente.

—¡Vic, por favor! —murmuró ella.

Pero él había azuzado a Black Prince y ya se alejaba al galope por donde habíamos venido.

Yo había desmontado y ayudé a Sara a subir a la silla. Miré con curiosidad al jinete a punto de desaparecer en la distancia y tuve la sensación de que Victor estaba asustado y aquella explosión de mal humor no era más que una excusa para ocultar su miedo. He de reconocer que estaba desconcertado. Por supuesto, se estaba recuperando de una crisis nerviosa, que en su caso ya había deducido que no era más que un diplomático eufemismo para el alcohol —sin duda bebía mucho *whisky*—. Pero ¿por qué

un inesperado encuentro con un matón de tres al cuarto le había asustado de ese modo? ¿Y a qué se refería al decir que Graziella se había pasado el día como si estuviera en trance?

En cuanto Sara montó, Andy se puso en marcha sin que pudiera frenarlo y salió corriendo disparado detrás de Black Prince. Graziella no hizo el menor ademán de seguirlos, aunque Firefly bailoteaba ansiosa. Ella esperó a que yo montara y nos pusimos en marcha al mismo tiempo.